
REVISTA DIVERSIDAD DE LAS CULTURAS
Ciencias Sociales, Artes, Humanidades
Argentina... Brasil... Latinoamérica toda...
ISSN: 2718-8310

Silénciate y conecta

Silence yourself and connect

Silencie e conecte-se

Diana Rocío Acosta Rivera[1]



Dibujo y color sobre papel acuarela. Diana Acosta

[1] Artista muralista. Estudiante Maestría de Educación Artística, Facultad de Artes, Universidad Nacional de Colombia.

Siempre me han dicho que soy muy expresiva, y a veces también lo considero, sin embargo hay un aspecto de mi saturado de silencios, esos gritos y secretos que le he arrebatado a la Diana que habla se han encausado por una vía inesperada, pero tal vez anhelada.

La forma en que el documento "Deja de llorar y habla: existencia, vulnerabilidad y delegación" de Luis Fernando Cardona me ha interpelado es filosa, ya que ha atinado en una parte grande de mi historia: la enfermedad; el documento expresa que la enfermedad es una forma de alteridad, o mejor, de la búsqueda inconsciente por solucionar la soledad del dolor enclaustrado en el cuerpo, o eso entendí. En efecto, antes de que apareciera la alopecia areata, más o menos a mis seis años, yo deseé tener una enfermedad que alarmara a mis papás para que fueran más atentos, porque necesitaba sentirme más protegida; paradójicamente, la enfermedad fue el camino en el constaté cuán sola estaba y así poder darle sentido a la aparición de ese deseo infantil. Cada miembro de mi familia reaccionó ante mi dolor con las herramientas emocionales que tuvo a la mano, las que, en su momento, se dibujaron como la mejor alternativa para mí, con su mejor intención.

Mi mamá fue pragmática, me llevó a muchos médicos, gastó mucho dinero, me quiso comprar pelucas, pero a ella nunca le pude mostrar la magnitud de mi dolor, porque siempre la vi cargada con mis problemas.

Mi papá por su parte, le apostó a minimizar lo que yo estaba viviendo, de niña me ponía crema de dientes en las lesiones y era renuente a llevarme al médico e indagar más en la enfermedad, cuando en la adolescencia me quedé calva, prácticamente apeló al decir popular de que "sólo era pelo" y me tildaba de exagerada por sufrir por eso (años después supe que él lloraba contándole a sus amigos lo que me estaba pasando).

Mi hermana se dedicó a "ayudarme a aceptar la realidad", señalando con crudeza lo inevitable, era una adolescente calva y lo mejor que podía hacer era acostumbrarme a vivir así, a pesar de que ella era otra adolescente muy centrada en su propio físico.

En el único de mi núcleo familiar en quién encontré la empatía suficiente para dar un salto al vacío y vivir mi condición, fue en mi hermano, que en ese momento tenía 5 años, el día que corté mi último mechón de cabello él se desbordó y juró matar a patadas a todo aquel que se atreviera a burlarse de mí.

Con esa escuela de conexión llegué a los 14 años a un colegio nuevo, ya sin pelo me escondía debajo de un gorrito pescador gris que solo me quitaba cuando estaba sola y no había espejos cerca, también me encubría con una actitud desafiante y distante, le tenía miedo a las personas y por eso elegí que se alejaran de mí. Hasta un día en que nos llevaron a hacer una visita pedagógica a la cárcel del pueblo, allí nos separaron entre hombres y mujeres, nos requisaron, y llegó un momento en el que un guardia me dijo que debía quitarme mi gorrito, por que era parte del protocolo. Yo le supliqué que por favor no me obligara, me sentí vulnerada, desnuda, tenía mucho miedo; mis compañeras de salón se estremecieron ante mi estado, le pidieron al guardia que por favor omitiera ese paso conmigo, pero él dijo que no se podía. Entonces ellas empezaron a llorar conmigo, me abrazaron, me rodearon y me dijeron: tranquila, nosotras te cubrimos.

ISSN: 2718-8310

Paula, Andrea, Tatiana, Adriana, Valeria, Helena, Jazmin y Angela son en mi historia un bálsamo, un gesto espontáneo que cambió el significado que hasta ese momento había tenido para mí el estar junto a otros.

El dolor está hecho para ser externado y permitirnos conectar, tal vez el dolor es el antídoto de la alteridad, el dolor emocional es seguramente el artificio más sofisticado de la naturaleza para permitirnos ser humanos, pero su efecto evolutivo sólo se activa ante un espejo con corazón.



Diana Rocío Acosta Rivera

Licenciada en educación infantil y artista plástica formada de manera autónoma, actualmente se dedica al muralismo independiente y a la ilustración editorial, también desarrolla talleres de muralismo colectivo con comunidades diversas del país. Cursa la maestría en educación artística de la Universidad Nacional de Colombia, sus temas investigativos de interés apuntan a nutrir su ejercicio creativo y pedagógico en el muralismo con una perspectiva decolonial.